

Historias desde Nueva York

ATENTADOS, DERRUMBE Y MUERTE. OCURRIÓ HACE NUEVE SEMANAS, Y SIN EMBARGO AÚN LOS METALES DE LAS TORRES GEMELAS DERRITEN LAS BOTAS DE LOS BOMBEROS. LOS MUERTOS TODAVÍA ESTÁN ALLÍ. PERO NUEVA YORK Y SUS HABITANTES SIGUEN VIVOS. MOVIÉNDOSE PARA ESCAPAR DEL DOLOR. REHACIENDO SU PROPIA HISTORIA, COTIDIANAMENTE. UNA CRÓNICA APASIONANTE PARA ENTENDER A UNA CIUDAD QUE NO SE RESIGNA AL MIEDO.

Texto Luis Frontera (Enviado especial a Nueva York) Fotos Ximena Diego / Newscom

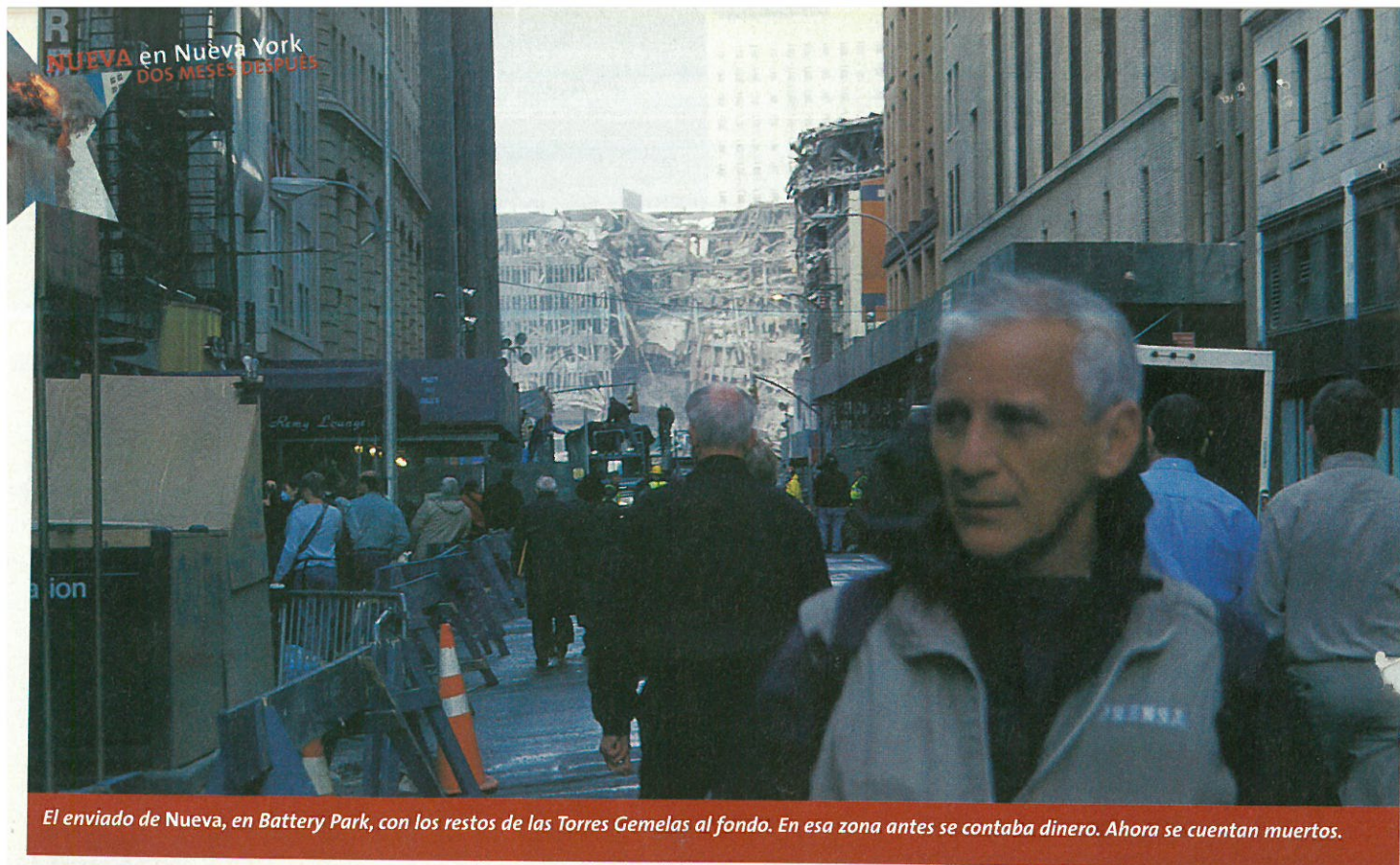
A LO LARGO DE UNA VIDA se pueden contar los momentos en que realmente sucedió algo importante. Y algo me está pasando ahora mismo: estoy en Nueva York, el monumento más prodigioso que el hombre se ha levantado a sí mismo, la ciudad donde los puentes y los rascacielos son un equivalente actual del coliseo de Roma o de las pirámides egipcias.

Y también a Nueva York le está pasando algo. Dos meses después de la tragedia de las Torres Gemelas, y luego de un esfuerzo sobrehumano en el que apenas removieron el

doce por ciento de los desechos que sepultan miles de cuerpos, a los bomberos, todavía, el calor les derrite las botas de goma.

Siempre se ha dicho que los que llegan a Tribeca (zona elegante próxima a las torres) son gente que vive para hacer números y que piensa nada más que en contar dinero. Pero ahora sólo los veo contar a sus muertos. Los cuentan a todos. Uno por uno, entre los escombros y en medio de las cenizas. Los cuentan desesperados y nunca sabrán cuántos fueron. Cuentan a los que murieron que

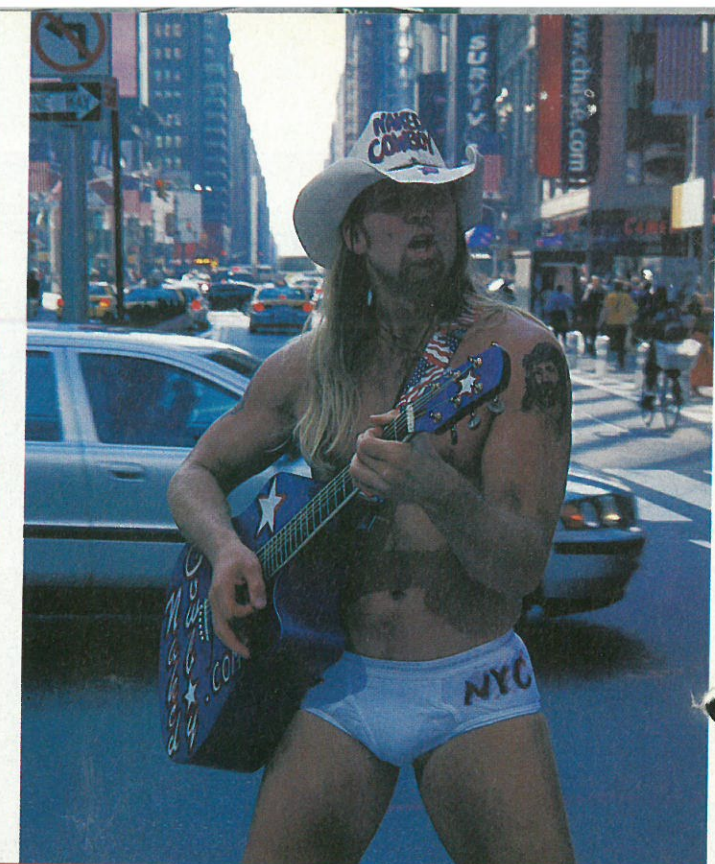




El enviado de Nueva, en Battery Park, con los restos de las Torres Gemelas al fondo. En esa zona antes se contaba dinero. Ahora se cuentan muertos.



La entrada al Empire State Building. Familias con bebés, parejas de enamorados, jóvenes y ancianos, no tienen temor de acudir al piso 89 del que ahora volvió a ser el edificio más alto de la ciudad. El señor de slip y guitarra demuestra que los personajes jamás escasean.



"Siempre se ha dicho que los que llegan a Tribeca (zona próxima a las torres) son gente que piensa nada más que en contar dinero. Pero ahora sólo los veo contar a sus muertos. Y mientras los cuentan -los estoy viendo- caen de cuclillas frente al altar lleno de polvo de la Iglesia de San Peters".

mados vivos, envueltos en llamas, con sus inocentes trajes claros. O a los que se arrojaron desde los pisos altos y se abrieron los sesos bajo el cielo, chocando contra los muros. Y mientras los cuentan -los estoy viendo- caen de cuclillas frente al altar lleno de polvo de la Iglesia de San Peters.

La guerra, en la que no queríamos creer, ha estallado y trajo consigo otra desilusión. No sólo es tan sangrienta y devastadora como cualquiera de las anteriores, sino que parece más inmisericorde y ha empezado abiertamente contra blancos civiles.

Entro al subway (subterráneo) en la lujosa Times Square. En el mediodía otoñal de Manhattan se escuchan himnos de paz budistas, hebreos, africanos, mahometanos y de todas las religiones. Desde los kioscos, en contrapartida, los diarios anuncian que el presidente George W. Bush ha construido una máquina de guerra que arrasará Afganistán. Y una multitud de personas de todas las razas, en oleadas que me arrastran, cami-

nan bajo tierra, entre saxofonistas que tocan en los túneles y miran extasiados hacia arriba, como si tuvieran extrañas visiones de ángeles musulmanes bamboleándose sobre los andenes del metro.

Nueva York tiene una fuerza arrebatadora. Y como la poesía y como el box (dos de sus pasiones paralelas), a poco de andar te vuela literalmente la cabeza.

Bajo en Chambers, a cuatro cuadras del World Trade Center, porque la zona está cerrada al tránsito hasta Battery Park (mapa). Huele a quemado. A ceniza mojada. Desde donde estaban las torres, que se hundieron hasta el cuarto subsuelo, viene una nube de polvo que hace difícil respirar. Y se escuchan estruendos aislados de escombros que caen. Las ruinas de esta enorme ciudad (en las dos torres había tanta gente que tenían un código postal sólo para ellas), contra lo que se supone antes de verlas personalmente, no forman una montaña, sino que se compactaron hacia los costados. Es un cuadro demencial

en el que uno imagina más de lo que ve: un enjambre de piedras y alaridos y un huracán congelado de hierros retorcidos y yugulares.

Por West Broadway hay personas que venden fotografías. Y hay otras que vienen a tomarse una foto en el lugar del terror, así como en las películas se las sacan junto a King Kong encadenado. Hay ciudadanos que se indignan por esa actitud y policías que gritan "¡Come out!" (vamos) y "¡Shut up!" (andate).

De niño soñaba con el mundo del futuro. Y el futuro eran los rascacielos, las naves espaciales y el cine. Pero he tenido que llegar hasta aquí para comprobar que el futuro está lleno de escombros y que Nueva York, en vísperas de entrar en la historia de la humanidad, ya tiene ruinas y está llena de pasado.

Vida después de la muerte

Los norteamericanos entraron a París, en la segunda guerra, y no vieron tan sufridos a los franceses que habían vivido bajo la ocupación nazi. Entonces, cuando la expectativa se ve frustrada, puede convertirse en rencor. Lo mismo pasa hoy con los neoyorquinos. Y hay turistas que hasta tienen ganas de reprocharles que no correspondan a la imagen terrible que, de antemano o por la prensa, se habían hecho de ellos.

En verdad, la vida en Manhattan hace "zapping" y ya cambió el canal de la desesperación. El domingo pasado, por ejemplo, 25.000 mil personas subimos al piso 89 del Empire State Building: familias con bebés, parejas de enamorados y ancianos, no tuvieron temor e hicieron cola para ascender al rascacielos al que cualquiera imagina como blanco del terrorismo. Y por la mañana una radio dijo: "Señores, Nueva York está triste". Y cuando esperaba que hablase de un acto por la tragedia de las torres, el locutor agregó: "Ayer perdieron los yanquis" (beisbol).

Luis Lazarte (34), peruano radicado en Nueva York desde hace trece años, empleado, lo ve claramente: "La gente aquí es muy dura. No se detiene. No son como el latino. Se siguen divirtiendo. No se deprimen. Van para adelante, son de acero. Y uno al tiempo de vivir aquí se contagia". Ximena Diego (31), periodista argentina radicada en Brooklin (frente a las torres, del otro lado del East River) recuerda que, cuando el atentado, muchas personas corrían envueltas en llamas por las calles de Tribeca para arrojarlas a las aguas heladas del Hudson: "Cuando les digo donde vivo las personas me consuelan. Y primero no entiendo por

qué y en seguida recuerdo lo que pasó y se me caen las lágrimas".

"Una vez por televisión que, en Afganistán, las personas huyen de los bombardeos tan sólo con la ropa que tienen puesta. Y que aquí, al evacuarlas de la zona, las alojaron en hoteles de cinco estrellas y que el Estado se hizo cargo de todo. A una amiga mía hasta le pagaron los gastos de tintorería de toda la ropa que se le llenó de polvo: seis mil dólares", dice Ximena.

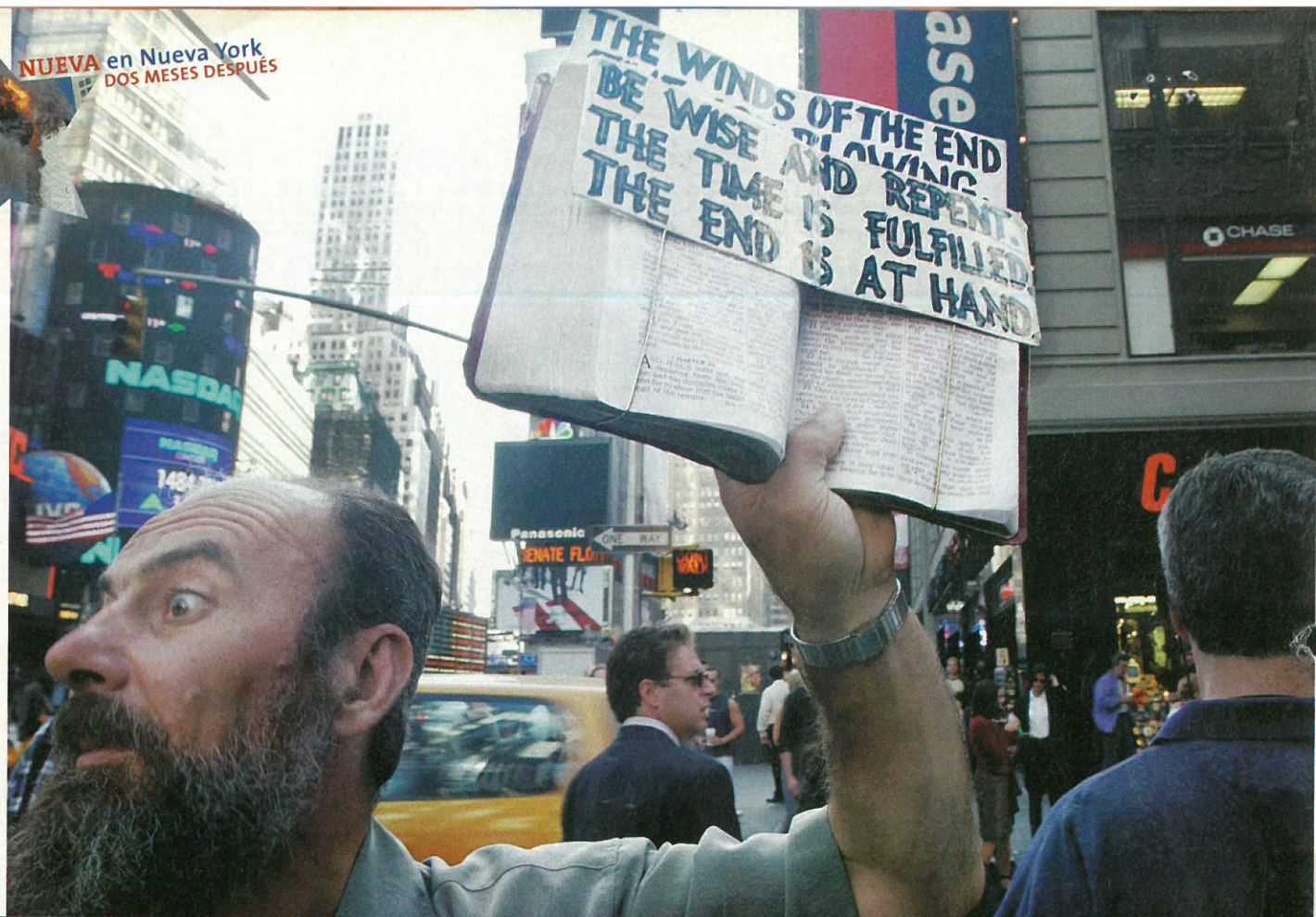
No veo lo que vine a buscar. En Nueva York, inclusive a una cuadra de las torres, los que remueven escombros van al bar Dakota House y, en los descansos, luego de haber "caminado pisando sesos humanos" sonríen, escuchan jazz, toman café y hasta beben una cerveza colorada. No se detienen. Son distintos.

Nueva York es como un bar del filme La guerra de las galaxias, con parroquianos de todos los planetas. Sólo que aquí son de todas las razas y de todas las costumbres humanas. De golpe aparece un monje tibetano y detrás un muchacho en slip, moviendo las nalgas, en Broadway, bailando y tocando la guitarra. Nadie mira a nadie. No existe el ridículo. Los únicos raros son los que miran a

los demás. No son corteses, pero son respetuosos. Se come caminando. El café se vende en tazas de plástico, tapadas, para que no se vuelque, y se va tomando mientras uno anda. Las mujeres lujosas van con vestido largo, pero con zapatillas (algunas llevan los zapatos de taco en el bolso) porque primero está la comodidad.

Las calles tienen un movimiento demencial, pero están trazadas con simpleza. Avenidas a lo largo y calles con números a lo ancho: uno siempre está perdido pero nunca está extraviado. Y a los pocos días de estar en Manhattan me siento extrañamente aliviado. Puedo comer en la calle, vestirme como quiera o salir a correr por la Quinta Avenida (el respeto de los vehículos por los peatones es proverbial). Lo bueno es que no aprendí nada, pero que olvidé bastantes cosas, por unos días, y que un montón de lastres y de disgustos viscerales desaparecieron en el juego de la vida social.

En los discursos (Nueva estaba en un acto al que llegó el alcalde Rudolph Giuliani, 57) no hay constantes apelaciones al pasado (Washington, Jefferson o Lincoln) porque para ellos la historia es lo que hacen ahora. No el pasado cronológico. Las historias mi-



Broadway, con vendedores de mensajes apocalípticos. Sin embargo, la ciudad busca rehacer su vida, superar el dolor, y no mirar atrás.

"Nueva York tiene una fuerza arrebatadora. Y como la poesía y como el box, a poco de andar te vuela literalmente la cabeza. Cerca del World Trade Center huele a ceniza mojada. Hay una nube de polvo que hace difícil respirar. Y se escuchan estruendos aislados de escombros que caen".

litares, incluidas la guerra de secesión y la de la independencia, son, aquí un capítulo pálido comparadas con las grandes luchas civiles, como ser la conquista del Oeste o el tendido de los ferrocarriles. La mayoría de las estatuas, a diferencia de las de otros países, no son ecuestres. No todos los héroes son de a caballo.

¿Pero cómo hablar sobre ocho millones de personas? ¿Habré visto más acero y cristales que seres humanos? Creo que no. Acaso sueño esta ciudad. Pero voy a ser honrado con mi sueño y lo voy a contar tal como lo vivo. Aquí los cementerios no tienen paredones altos. Se ven las tumbas desde la calle. No viven ocultando la muerte. No piensan que la muerte está en el cementerio, la enfermedad en el

hospital, la locura en el manicomio y el delito en la cárcel. Para ellos, la vida se mueve con todo a cuestras. Todo está en las calles. Si mañana volara el Empire State dirían que es normal. Si no encuentran los cadáveres bajo las torres, a los familiares les entregarán pedazos de cemento. Y a seguir.

En el canal de TV MSN, me sorprenden: pasan imágenes del 11 de septiembre acompañadas con la música de No llores por mi Argentina. Es que, para muchos argentinos algo (idea o arte) es bueno ante todo si es argentino. Pero para los neoyorquinos, no: su especialidad es considerar que lo mejor que tienen es bueno porque es universal.

Los que llegan se desilusionan. No hay dolor en las calles, apenas algo en la zona de las

torres. Entonces creen que "los neoyorquinos" (si es que existen, porque aquí hay personas de todo el mundo) "no sienten nada". A los que piensan eso querría dirigirme. Decirles que a mi juicio se equivocan. Que pasó algo terrible. Y tanto que no es seguro que Nueva York pueda alguna vez recuperarse.

El concepto de enemigo aparece más claro cuando el enemigo está separado por una barrera de fuego. Aquí hay un enemigo pero no tiene rostro, a pesar de los carteles que muestran a Bin Laden y dicen "Wanted" (buscado, vivo o muerto). Y al hablar del enemigo aquí dicen simplemente "ellos", esa palabra que usan los paranoicos para definir a sus perseguidores imaginarios. Hay enfermos mentales que sienten que algo atroz destruyó sus vidas. Y cuando se preguntan qué fue eso, no lo encuentran, no hallan nada. En esta ciudad pasó lo mismo. Algo cambió. Hay un abismo y las palabras no alcanzan para expresarlo.

Vi una escena en un supermercado de Soho, barrio informal, de intelectuales. Lloró

una niña rubia. Encaprichada con un juguete. Su nana vietnamita no podía consolarla. En segundos todos la rodearon compungidos. Pobre. Que no lllore. Cómprele. ¿No money? Le damos. Los neoyorquinos ya no soportan, como antes, escuchar y ver un niño que llora. Que llora como los niños que no fueron a ser retirados de las guarderías por sus padres, que estaban en las torres. Y lo puso en palabras una mujer Rosita Rosada (42), hondureña, que se ríe de la reiteración de su nombre, y aclara: "Luego del 11 de septiembre no toleramos ver llorar a un chico".

Los neoyorquinos han sido minados por dentro con bombas de retardo. Estallan en cualquier momento. FM Latina de Nueva York (97.9), informó sobre un hecho en un avión que llegaba de Los Angeles. Tres personas fueron detenidas a pedido de los pasajeros. ¿La causa? Vieron que se conocían pero que, sin embargo, no hablaban entre ellos...y eso les pareció sospechoso.

Nueva York no ha ganado la guerra, pero ya perdió la paz.

La torre de Babel

Del ascensor al taxi, de ahí a la escalera mecánica y al subte.

Se puede recorrer Manhattan siendo llevado, como un paquete, sin dar un paso. O hacer un viaje eterno en subterráneo desde Battery (ahora cerrada) hasta el Bronx. Por todas partes hay olor de comida (de China, Mongolia, Francia, México, etc.). En todos los lugares hace demasiado calor o demasiado frío. No hay temperatura media en los lugares cerrados. Hay mucho de todo. Demasiado. Y eso parece ocultar una idea sobre la libertad. Debajo de los papelitos brillantes y de colores, para mí, todos los chocolates tienen sabor parecido. Y la mayoría de las novelas narran historias semejantes. ¿Por qué un jabón y no otro? Hay en esa abundancia algo que no cierra. Existen mil posibilidades para cada cosa. ¿Pero no son todas la misma? Usted tiene mil elecciones. Pero son todas iguales. ¿No es una ilusión creer que, para elegir realmente algo, hacen falta muchas opciones afuera? ¿No es mejor tener una buena opción adentro?

Nueva York es seguramente la capital del mundo. Pero no es la capital de los Estados



Los policías y las rejas marcan el límite más cercano al lugar del atentado. Las máscaras son por el polvo, que en diez minutos puede ahogar a cualquiera, o vencer a la mejor lavandería.

Unidos, país que no se siente representado por ella. Para el resto de los norteamericanos, los neoyorquinos son unos fanfarrones. Eric Taboada (29), un remisero cordobés, lo dice así: "Aquí no quieren a los neoyorquinos como en la Argentina no queremos a los porteños". Nueva York es el centro del planeta, pero existen millones y millones de personas -árabes, asiáticos, sudamericanos y demás- a las que ese estilo de vida puede no gustarles.

El gran tema de los intelectuales neoyorquinos actuales es la diversidad de los lenguajes. Paul Auster, el más neoyorquino de los novelistas, lo presenta en sus obras. La cuestión está resumida en el Capítulo XI del Génesis bíblico, versículos del 1 al 9. Babel era una torre (justamente una torre). "Su parte superior podía tocar el cielo" y "simbolizaba la universalidad del Poder". La construcción de la torre "se había convertido en la obsesiva pasión de la humanidad, más importante que la vida misma. Las mujeres que trabajaban en ella ni siquiera se paraban para dar a luz a sus

hijos; sujetaban al recién nacido en el delantal y continuaban trabajando".

Dios destruyó la torre. Un tercio se hundió, otro tercio fue destruido por el fuego y otro tercio quedó en pie para que aquel que la mirase olvidara todo lo que sabía: "Y el señor confundió sus lenguas, para que no se entendieran unos a otros, y los dispersó sobre la tierra".

Recorrer esta ciudad, aunque confunda, es apasionante. Apenas se sube, todos los taxis se alejan del lugar al que uno va. No es que lo estafen, salen del centro para poder entrar en otra parte, debido al tránsito. En Soho hay reuniones holísticas con charlas sobre hinduismo. Y a pocas cuadras, en Chinatown, ofrecen masajes en los pies. Aquí los idiomas se confunden: "Te llamo para atrás", dicen los "hispanic" (ya son la primera minoría en Nueva York), copiando una frase norteamericana que significa "te devuelvo tu llamada".

La ciudad está habitada por mendigos filsofícos. Uno de ellos pasa por Greenwich ☺



Los homenajes en las calles a miles de desaparecidos bajo los escombros de las Torres Gemelas. Y al heroísmo de los bomberos. Aún no se ha removido ni la quinta parte de los escombros.

La juventud al sol, retomando ritmo cotidiano de vida. Por momentos el béisbol vuelve a parecer más importante que la guerra.

“La vida en Manhattan hace ‘zapping’ y ya cambió el canal de la desesperación. El domingo 25.000 mil personas subimos al piso 89 del Empire State: familias con bebés, parejas de enamorados y ancianos, no tuvieron temor y ascendieron al rascacielos al que cualquiera imagina como blanco del terrorismo.”

Village, con un paraguas simbólico (sólo las varillas), bajo la lluvia, recitando. Otro, un ser estrafalario, un saco de huesos, en Park Avenue, encuentra una caja de cartón de dos metros, y grita: “¡Ahora vas a ver, América!”. Un afroamericano, andrajoso, abre los brazos en la Quinta Avenida y habla horas sin parar. Y digo afroamericano porque ya no se usa la palabra negro en Nueva York: “Es racista y describe a las personas por lo exterior”, dicen.

En una ciudad donde funciona cierta asistencia social, estos mendigos son los expulsados. Eligieron apartarse. Son un capítulo aparte. Y los hay geniales. He visto uno en la estación Times Square que cantaba, tocaba la batería con los pies, la guitarra, y soplabla una armónica.

Los chinos juegan damas en Columbus Park y los rusos ajedrez en Brian Park. Y está el Central Park, paraíso de los maratonis-

tas de todo el mundo. Inmenso, entre rascacielos, lleno de ardillas, y solucionando una disputa que suele terminar en accidente: hay un carril para runners-ways (corredores de calle) y otro para ciclistas. De todas maneras, en una ciudad en la que los atascamientos de tránsito empiezan a las 4 AM, se puede correr o patinar libremente por cualquier calle. En el Central Park se ven mujeres de 60 años, que tienen el cuerpo de muchachas de 20. Y se ven muchachas de 20, estilo Valeria Mazza, pero que corren como Delfo Cabrera.

Un domingo a la mañana, mientras la gente de Times Square dormía, o leía el inmenso New York Times en la cama, tomé el subte a Harlem. Bajé en una esquina con mucho significado: Broadway (por Carlos Gardel) y Martin Luther King. Fui por la 125. Y vi ratas y muchachas que reían y gritaban al verlas. Pasaban borrachos, afro-

americanos inmensos (más de 200 kilos) con sus hijos, negras perfumadas que salían o entraban de las peluquerías y jóvenes hermosos aprisionados en trajes de botones.

Me perdí. Y finalmente entré al Greater Refuge Temple. Y allí, luego de que hablaron brevemente sobre la guerra, creí oír las palabras The Battle of Armageddon. Y luego dieron comienzo al gospel: canto, baile y trance religioso. Y pude ver la realidad del poema Oda al Rey de Harlem, de Federico García Lorca (visitó Nueva York en 1930): “Ay Harlem, no hay angustia comparable a tus ojos oprimidos”.

Me sentí ajeno y mal mirado. Pero no podía irme. Cantan. Bailan y gritan. Todo sale. La angustia surge como lava volcánica. Vestidos multicolores, triturasiones de la personalidad, disoluciones, muertes simbólicas, asesinatos imaginarios, retorcimientos corporales, voces majestuosas, el arte en el más primitivo de los estados.

¿Por qué las guerras?

Dicen los poetas que Madrid durante la guerra civil estaba “embellecida por el dolor”. A Manhattan, pese a la cicatriz que lleva en la cara, el dolor parece no alcanzarla.

París siguió siendo París bajo la ocupación nazi, como Berlín fue Berlín pese al muro. El atentado del 11 de septiembre es un hecho crucial, pero nunca tan importante como Nueva York y su historia.

La gente se queja de que al Metropolitan Museum of Art sólo lo visitaron 8.600 personas, mientras el año anterior lo hicieron 12.000. O que, en el 2000, 1.300.000 estuvieron en el Museo de Arte Moderno (Moma), bajando en el 2001 en un 30 por ciento. Para nosotros, argentinos, esas cifras no son graves. Pero los neoyorquinos viven en una ciudad que cambia más rápido que ellos. Nosotros estamos acostumbrados a cambiar interiormente, en ciudades que nos sobreviven inmutables. El atentado trajo nuevos héroes a Nueva York. Los bomberos, sin duda. En cada estación hay homenajes, flores, velas encendidas. Y el intendente Rudolph Giuliani (57) es el otro héroe. Ese hombre grosero, neurótico, que se marchaba como “el azote de la delincuencia”, se convirtió en providencial. Y además mantiene todo en estado ideal: luego de correr cinco días en el Central Park, mis zapatillas están como recién lavadas.

Los neoyorquinos son especiales. La

mayoría de los que el 11 de septiembre estaban internados en el Hospital Monte Sinaí, lo dejaron voluntariamente para ceder sus camas a los heridos.

Las medidas de seguridad se notaron más en Ezeiza que en el Aeropuerto Kennedy. Aquí no dejaron a un hombre pasar una lata de dulce de leche, diciendo que podía ser un arma. Y fue argentina la persona que, volando sobre el Amazonas a la madrugada, exageró: “Si hay un terrorista a bordo, cortan el oxígeno para que nos desmayemos todos”.

No puede dejar de mencionarse que, a los neoyorquinos medios con los que hablé, no les gustan las dificultades del pensamiento. No quieren “pensar demasiado” y se jactan de eso. En las conversaciones introducen demasiado rápido esas valoraciones que llaman “el bien” y “el mal”. Ni siquiera sospechan, cuando hablan del odio y del amor, que son pulsiones que suelen ir juntas: el amor hacia un objeto suele acompañarse de un sentimiento de apoderamiento.

En la vida hay crímenes de pasión y crímenes de lógica. La ley suele diferenciarlos por la premeditación. Una cosa es matar en

la desesperación. Y otra “para salvar a la humanidad” o “para que triunfe el bien”. Desde el instante en que el crimen se razona, la muerte de los otros se convierte en un silogismo. Es absurdo pedir que nadie mate a nadie. Pero lo es menos exigir que los homicidios no sean “legitimados por razones lógicas”. Ni por los fanáticos, ni por los Estados.

Hay personas que nos sublevamos contra la guerra, por razones “orgánicas”. No es una desaprobación intelectual, es una intolerancia constitucional. Y si nos conmueve la niña “caprichosa” del supermercado en Soho, que llora, también nos pega en las tripas la que aparece desnuda y bombardeada en Kabul, asesinada por un caza superbombardero. Avión que, más tarde, arrojará alimentos, en el más siniestro de los absurdos.

En el Brian Park, frente a la biblioteca pública, hay recitales de música, intelectuales y deportistas, personas que alcanzan para que brille la ternura sobre la ciudad. Recorrieron este parque Whitman, Poe, Hawthorne, Faulkner o ¿por qué no incluirlo? Woody Allen. Debe ser uno de los mejores sitios del mundo para reflexionar. Ha llegado la hora de hacerlo. **N**